

# El compromiso ineludible del capitán Alatraste: reivindicación filológica y literaria de la saga

JUAN CARLOS PAREDES

*Crítico cinematográfico y literario*

## EL COMPROMISO MORAL ADQUIRIDO POR PÉREZ-REVERTE

Confieso que el comienzo de *El capitán Alatraste* me enganchó de inmediato. Se cumplía aquella máxima de Cecil B. De Mille: “una película debe comenzar con un terremoto y de ahí para arriba”. Su primera frase es antológica: marca el carácter de su personaje, define el estilo de la novela y advierte precisamente sobre el tono moral de lo que vamos a leer: “No era el hombre más honesto ni el más piadoso, pero sí era un hombre valiente.” (Pérez-Reverte 1996: 11). Terminado el libro, se percibe que, verdad es, no parece el más honesto, pero también es cierto que si tiene que matar, robar o mentir por unos ideales, por una necesidad o por un amigo, este tipo, cuyos principios y valores se olean en las cicatrices de su piel, no dudaría en hacerlo. Su catadura moral es, pues, peculiar, por no decir dudosa, pero humana, y acorde con los años y el lugar que le ha tocado habitar, y resistir. En esas estábamos, hasta el mes de septiembre de dos mil cuatro. Recuerdo que, por aquellas fechas, andaba yo releyéndome *El oro del rey*, por la que siento especial devoción, a la espera de la anunciada aparición en octubre de *Cabo Trafalgar*, siguiente novela de Arturo Pérez-Reverte. Lo recuerdo bien porque aquellas calurosas jornadas coincidieron con el Fórum de Barcelona, donde sabía que iba a intervenir el escritor cartagenero. Y lo recuerdo aún mejor porque, terminándome la citada cuarta entrega, leí un artículo del propio Pérez-Reverte, inmediato a su participación en el Fórum, en el que se había tratado el compromiso moral y social del autor con su obra, que, confieso, me hizo sentir un inesperado

escalofrío. Inesperado porque su contribución al debate había sido firme, lúcida y, como es habitual en él, valiente, llamando a las barras de pan, pan, y a las botellas de vino, vino: no se cortó un pelo al expresar que “el compromiso moral no es un ingrediente necesario dentro de la receta de la literatura, puesto que hay perfectos hijos de puta que escriben muy bien”, y apuntó también que “las únicas normas de la literatura son sujeto, verbo y predicado”. Tras semejante declaración de filosofía literaria y límpido compromiso con la verdad, el único al que, en mi opinión, se debe el escritor, yo me quedé tranquilo y me dije: ¡este es mi Arturo! Coherente como siempre: a decir verdad, no esperaba menos del autor que tuvo los redaños de escribir la biografía más o menos novelesca de una narcotraficante, sin una sola concesión legislada a la moral, sin falsos rellenos y felizmente ajeno al qué dirán las instituciones sociales y culturales tan políticamente correctas –terminacho al uso– que gozamos en este país. Sin embargo, en el escrito que nuestro novelista entregó unas fechas después a la prensa, glosando con sencillez y contundente claridad todo lo declarado previamente en Barcelona, aparece un párrafo que fue el culpable de mi súbito escalofrío –por demás infundado, como veremos más tarde–. Lo reproduzco íntegro para evitar molestas tergiversaciones:

Lo cierto, por otra parte, es que a veces, cuando hay muchas ventas de libros –o sea, éxito–, se da una influencia mayor; y eso impone algunas obligaciones éticas, como en el caso de Sue. En esas circunstancias, y aunque tampoco esté obligado a ello, el escritor debe cuidar más lo que dice, e incluso lo que escribe. Quiera o no quiera, es un referente. En mi caso, eso ocurre con las novelas del capitán Alatríste. Lo que empezó como una especie de guiño histórico casi privado –mi editor y yo estábamos seguros de que no íbamos a colocar ni diez mil ejemplares–, está ahora en los colegios: hay chicos entre doce y dieciséis años que se aproximan a la literatura y a la historia de España en el siglo XVII a través de esos libros. Que los leen, en algunos casos, como tarea escolar obligatoria. Esto me ha echado encima una responsabilidad que nunca busqué, y a la que procuro hacer frente de modo honorable cuando me enfrento a tan jóvenes lectores. Pero en el caso de las novelas de Alatríste, mi responsabilidad moral está limitada a esa obra en particular. A un soldado y espadachín que es un mercenario y un asesino a sueldo; pero cuyos

peculiares códigos –paradójicamente, y para mi sorpresa–, se han convertido en referencia de interés para algunos lectores. Se trata, pues, de un compromiso limitado y específico. Si mañana decidiera escribir otra serie de novelas manejando personajes con valores diferentes, u opuestos, nadie tendría nada que reprocharme en absoluto. (Pérez-Reverte 2004: 16-17)

Ya está, me dije. Ya lo han conseguido. A fuerza de integrar al capitán Alatraste en un sistema institucional politizado, en el que tiernos infantes andan por medio, han logrado por fin ablandar el trazo vigoroso de su autor y que la espada libre de su personaje desenvaine en adelante con cierta cautela moral. En todo caso, me dije, nada había que temer fuera del ciclo ‘alatrístesco’, afortunadamente. Y sus declaraciones dejaban fuera también su *Patente de corso*; pero, ¿qué le ocurriría al próximo Alatraste, el sexto, que debía entregar en el dos mil seis? Casualmente, acababa de leer el siguiente diálogo de *El oro del rey*, y, por más que lo intenté, no terminaba de imaginármelo en manos de un autor timorato y comprometido con lo moral, social o políticamente correcto:

Habían empezado los murmullos y los cuchicheos en voz muy baja, entre los camaradas que se habían ido reconociendo unos a otros, y el capitán los acalló a todos con una orden seca.

-Vamos a bajar por el río para un trabajo que se explicará cuando estemos donde debamos estar... Todos han cobrado ya una parte, así que nadie puede volverse atrás. Y excuso decir que somos mudos.

-La duda ofende –dijo alguien–. Que más de uno está probado en el potro, y supo negar como un caballero.

-Bueno es que eso quede claro... ¿Alguna pregunta?

-¿Cuándo embolsamos el resto? –preguntó una voz anónima.

-Al terminar nuestra obligación. En principio, pasado mañana.

-¿También en oro?

-Contante y sonante. Doblones de dos caras, iguales a los que se han adelantado en señal a cada uno.

-¿Hay que aligerar muchas ánimas?

Miré de soslayo al contador Olmedilla, oscuro y negro en su gabán, y vi que parecía escarbar el suelo con la punta de un pie, incómodo, como si estuviera lejos de allí o pensando en otra cosa. Sin duda, hombre de papeles y tinteros, no estaba acostumbrado a ciertas crudezas.

-No se reúne a gente de esta calidad -respondió Alatraste- para bailar la chacona.

Hubo algunas risas, pardieces y votos a tal. Cuando se apagaron, mi amo señaló la barca.

-Embarquen y acomódense lo mejor que puedan. Y a partir de este momento considérense vuestras mercedes como en milicia.

-¿Qué significa eso? -preguntó otra voz.

A la luz parva del farol, todos pudieron ver que el capitán apoyaba su mano izquierda, como al descuido, en el puño de la toledana. Sus ojos horadaban la penumbra.

-Significa -dijo despacio- que a quien desobedezca una orden o tuerza el gesto, lo mato. (Pérez-Reverte 2000: 159-160)

¿Qué hubiera respondido el capitán aquí, al final, en caso de que el compromiso moral prevaleciese? Imagínense: “significa que a quien desobedezca una orden o tuerza el gesto, lo mando arrestar a la espera de un juicio militar justo”. O a la pregunta del jaque de si había que aligerar muchas ánimas, ¿qué hubiera respondido?: “en primer lugar, cuide sus expresiones que -miraba a Íñigo- hay un menor de edad entre nosotros; y no, debemos intentar convencerlos sin violencia, con la única fuerza de nuestras palabras y argumentos...” ¡Vamos, que no!

Lo que ocurre es que, como dije antes, sostengo que fue un escalofrío infundado. Confieso que me faltó la fe, que no confié lo suficiente en una carrera marcada por la lógica y la congruencia literarias, que lo comparé, en un momento de debilidad, con algunos meapilas, enmascarados de escritores, que venden su tecla al mejor postor; que no supe leer entre líneas o que tomé demasiado en serio sus palabras, que mi extremismo crítico me jugó una mala pasada juzgando el discurso ensayístico de un novelista cuyo único pacto

fáustico ha sido siempre el de la verdad literaria. Este es, si acaso, el ineludible compromiso del *capitán Alatríste*, y Arturo Pérez-Reverte lo cumple inexorablemente: contar algo con las palabras, el modo, la forma y, si me apuran, hasta el género que la historia requiere, sin forzar la metáfora ni violentar la retórica aunque ello suponga un convencido regateo a su propio estilo. De otro modo, la autobiografía más completa y exhaustiva puede resultar la más insincera si no se narra con el estilo correcto, y, de la misma manera, un cuento trufado de ignominiosas patrañas puede resultar de lo más emocionante y genuino con las palabras y el tono adecuado.

Lo cierto es que, en lo sucesivo, no escondió su aguijón cargado de certera franqueza en *Patente de corso* y, lo que es más importante, su *Corsarios de Levante* no presentó el menor atisbo de moral espigada en las orillas de su pensamiento –como no lo había en ninguna de las entregas previas–, ni de compromiso que no fuera el estrictamente literario: es, si me apuran, el que comprende el léxico más complejo y la construcción narrativa más arcaizante de todas, lo que dificulta la lectura a los osados adolescentes; Íñigo es ya un rebelde sin causa, diríamos insolente, lejos de sumisiones ortodoxas al uso, y el capitán no ha dejado de ser el hombre de insólitos criterios personales de siempre.

Es verdad, sin embargo, que un escritor posee un bagaje, unos valores incorruptibles –por supuesto, y el escritor que no sepa diferenciar sin ambigüedades la justicia de la injusticia haría menos daño pergeñando crucigramas y daderos–, la impronta marcada de la experiencia que otorgan los años, los viajes, las lecturas; su propio faro desde el que mira el mundo. Aquello que decía François Mauriac: “uno es siempre el producto de una cultura”. Y también se le advierte una ética, que le ayuda a convivir en paz y en sintonía con los demás, y una moral sin adjetivos ni adverbios. Moral y punto. Cada uno que la valore y ponga en práctica como le venga en gana, pero si es añadida, si es impuesta o forzada, se nota, chirría y se convierte en una impertinencia hacia el lector, que no es tonto. No voy a negar, efectivamente, que la novela, cuya banda de premisas es inabarcable, puede ser un eficaz engranaje que permita

interiorizar modelos sociales y reglas morales, pero que nadie me niegue tampoco que es a la vez –Jane Austen, por ejemplo– un poderoso aparato de crítica moral y social. Arturo Pérez-Reverte, cuando escribe, lejos de la superficialidad demostrada en otros autores proclives a los compromisos, refleja su integridad ética y su propia determinación espiritual, solidamente asimiladas en su intelecto y reflejadas en sus novelas. En la saga de *Alatriste* estos rasgos forman parte del sabor literario que permiten el estimulante paladeo de su credibilidad: su personaje principal nunca es maniqueo, es a la vez héroe y antihéroe, pero de carne y hueso; un ser humano con su prepotencia, su dignidad, su exigente sentido de la justicia y sus flaquezas. De hecho, como apunta Rafael de Cózar “evoluciona según el contexto en que se ve obligado a moverse”<sup>1</sup>. Tal vez por eso, la textura, el aroma, el sonido que se desprenden de cada página ‘alatrística’ leída detenta la irrefrenable certidumbre de lo auténtico. Pues no hay consideración moral más dañina para la literatura, ni moraleja más falsa y tópica, prevenía C. S. Lewis, “que la rebañada de la superficie de nuestra conciencia”.

#### ALATRISTE EN SECUNDARIA

Deshecho el entuerto, lo cierto es que, lo mismo que suscribo que el compromiso moral de Pérez-Reverte como creador del ciclo del capitán Alatriste reside en su forma de pensar, no dudo tampoco que, cuando escribí que la lectura obligatoria de sus libros en los institutos le había endosado una responsabilidad moral que nunca había buscado, lo hizo porque lo sentía de verdad. Sin duda, la palabra ‘obligatoria’, tan contradictoria con el goce y la complacencia, es la que le hace cargar con un fardo injusto y, como hemos probado antes, innecesario.

Lo único que se consigue con esa obligatoriedad es inducir a que las novelas del capitán Alatriste dejen de ser lecturas, un acto de placer íntimo y

---

<sup>1</sup> En el prólogo a la edición escolar de *El oro del rey* (El Capitán Alatriste y la Sevilla dorada).

elegido, para derivar en una doctrina teórica de la moral, en un tratado social y político o en una mera introducción a la historia de España en el siglo XVII, cuestiones intrínsecas de la propia novela, cuyo estudio en rigor no corresponde a los zagales y sí a otros niveles más avanzados de la educación. Se les confiere así a estas obras un carácter de imposición, de carga en definitiva, alejado del carácter lúdico que en teoría debe tener el gozoso hojear de sus aventuras.

Existe un librito de José Antonio Marina y María de la Válgoma que se titula *La magia de leer* y que, este sí, debería ser de lectura obligatoria, pero para los que confeccionan los programas escolares, para los profesores y para todos los padres del mundo. En él, sus autores lanzan una frase que apoya con firmeza mi postulado: “el verbo leer, como el verbo amar, no soporta el imperativo” (Marina / de la Válgoma 2007: 93). O lo que es lo mismo: no podemos imponer a un adolescente lecturas para que le guste leer. El controvertido pero brillante Dietrich Schwanitz mencionaba a menudo que “leer porque se debe leer equivale a hacer del amor un deber conyugal”. Algunos me dirán que inculcar el amor a la lectura no es ocupación del profesor y que la función de la obligatoriedad no es otra que la de instruir y preparar a los chavales para afrontar un examen. Y entonces ahí me callo. Nada que decir. Pero es triste. Una vez terminado ese control epidérmico, el chaval borrará de su memoria tanto a Íñigo y Guadalupe, inventados, como a Quevedo y Olivares, históricos, para pasar a otra cosa más seductora y veloz que no implique tanto ejercicio mental, porque estos personajes ni siquiera llegaron a asomarse a su corazón. Los mismos autores indican que, según cifras reales, al alcance de cualquiera, los alumnos leen menos según avanzan en la secundaria. Es ésta una estadística demoledora. Yo mismo he podido comprobar en foros de Internet cómo los chicos rechazan los libros que les exigen leer. Las novelas no obligatorias son precisamente las más comentadas y, por sus afirmaciones, con las que más se divierten. En algún hilo abierto al capitán Alatraste, he notado rechazo en los chavales que visitaron sus novelas por imposición del instituto, mientras que los que más habían disfrutado con su lectura son los que las habían frecuentado antes de la dudosa prescripción.

Aparcada la idea poco pedagógica de la lectura únicamente como un trabajo que capacite para pasar un examen, ¿por qué obligar a leer entonces *El caballero del jubón amarillo*? ¿Para que luego en el aula se analice la función del teatro en el siglo XVII a través de un comentario de texto? ¿Y por qué se obliga por ejemplo a leer *Limpieza de sangre*?, ¿para profundizar en las andanzas inquisitoriales y familiarizarse con el concepto que el mismo título expone? Para eso está ya el magnífico prólogo a la edición escolar de Alberto Montaner Frutos, glosa histórica y acertada de lo que se apunta en una ficción y ejemplo sabio de lo que debe ser un prefacio dirigido a los chavales, y también a los más talluditos. Si hacemos caso a las estadísticas, confirmaremos que la mitad no se habrá leído la novela porque la mera mención de obligatoriedad le hace incurrir en rebeldía. Del cincuenta por ciento restante, la mitad habrá cumplido disciplinada y displicentemente con la lectura porque no deja de ser una tarea más, y la otra mitad, el veinticinco por ciento de la clase tirando muy por encima, aunque haya disfrutado con las peligrosas intrigas que tiene que acometer el capitán Alatraste para sacar a Íñigo de Toledo, las tendrán más que olvidadas cuando afronte el temido pasaje a comentar. Porque el comentario se sustenta del momento, del presente, y es efectivo en la cercanía. Paradójicamente, un comentario de texto, baldío y fastidioso en las zarpas de un pésimo pedagogo, en manos de un buen profesor que ama su profesión, de un hábil dómine capaz de desentrañar símbolos, enlazar estilos y descubrir hallazgos, tanto lingüísticos como ‘intertextuales’, es una invitación inmediata a la lectura, una puerta a la biblioteca del instituto o una ventana a la librería más cercana. No hace falta haber leído una novela para analizar y comentar un texto, sin embargo sí que es necesario leer párrafos significativos y puntuales en el aula para que el comentario logre alcanzar su cometido. El problema es que no se lee en el aula. He preguntado a los chicos que frecuentan estos foros, en los mismos hilos de conversación y a través de mensajes privados, donde se discutía sobre Alatraste y en ninguna de sus clases se leyó ni un solo fragmento de la serie para luego analizarlo. Ni una línea. Puede tratarse únicamente de una ocurrencia utópica, pero ya que todas las entregas están confeccionadas en



episodios bien definidos, lo que facilita su lectura fragmentaria en cortos periodos de tiempo, por qué no leer estas escenas en el aula, incluso representarlas si trabajamos con diálogos: el interrogatorio de Toledo, el encuentro con Calderón, el abordaje del *Niklaasbergen*, la taberna del perro, las misivas de Angélica y de Quevedo, la defensa en Berbería, cualquiera de las incidencias con los ingleses. Cómo se resistirá un chaval a seguir investigando por su cuenta y riesgo con tales golosinas para su curiosidad intelectual y aventurera. Cómo va a aguantarse las ganas, no sólo un niño, sino cualquiera que asista a la representación, de indagar en los sucesos que han provocado la determinante entrevista del capitán con el hombre más poderoso de su tiempo, el todavía Conde de Olivares, en la primera entrega de la saga:

Cuando se quedaron solos, Olivares alzó la cabeza para mirar detenidamente al capitán Alatraste.

-Ni voy a daros explicaciones, ni tengo por qué dáros las -dijo por fin, malhumorado.

-No he pedido explicaciones a vuestra Excelencia.

-Si lo hubierais hecho ya estaríais muerto. O camino de estarlo.

Hubo un silencio. El valido se había puesto en pie, yendo hasta la ventana sobre la que corrían nubes que amenazaban lluvia. Seguía las evoluciones de los guardias en el patio, cruzadas las manos a la espalda. A contraluz su silueta parecía aún más maciza y oscura.

-De cualquier modo -dijo sin volverse- podéis dar gracias a Dios por seguir vivo.

-Es cierto que me sorprende -respondió Alatraste-. Sobre todo después de lo que acabo de oír.

-Suponiendo que de veras hayáis oído algo.

-Suponiéndolo.

Todavía sin volverse, Olivares encogió los poderosos hombros.

-Estáis vivo porque no merecéis morir, eso es todo. Al menos por este asunto. Y también porque hay quien se interesa en vos.

-Os lo agradezco, Excelencia.

-No lo hagáis –apartándose de la ventana, el valido dio unos pasos por la estancia, y sus pasos resonaron sobre el entarimado del suelo-. Existe una tercera razón: hay gentes para quienes el hecho de conservaros con vida supone la mayor afrenta que puedo hacerles en este momento –dio unos pasos más moviendo la cabeza, complacido-. Gentes que me son útiles por venales y ambiciosas; pero esa misma venalidad y ambición hace que a veces caigan en la tentación de actuar por su cuenta, o la de otros... ¡Qué queréis! Con hombres íntegros pueden quizá ganarse batallas, pero no gobernar reinos. Por lo menos, no éste. (Pérez-Reverte 1996: 229-230)

Tras este momento tan estimulante y seductor, ¿no sería más interesante leer en el aula? ¿No sería mil veces más inteligente que, en vez de obligar a leer *El sol de Breda* para apoyar hechos históricos, les inculquemos a los estudiantes el placer de descubrir, por ellos mismos, por qué ese capítulo de nuestra historia es lo suficientemente importante como para que un autor de la talla y el prestigio internacional de Arturo Pérez-Reverte haya querido recrearlo? De esta manera, el muchacho decidirá si merece la pena leer el libro completo o solamente las partes en las que se describen más en profundidad los episodios a estudiar. Pero será decisión propia, no impuesta. Puede ser lícitamente inducida por el maestro gracias a su convicción exponiendo sus argumentos literarios, pero también por la pasión lectora mostrada dejando de un lado otras cuestiones didácticas. De nuevo Marina y de la Válgoma se preguntan “¿Y si en lugar de exigir la lectura, el profesor decidiera de repente compartir su propia dicha de leer?” (Marina / de la Válgoma 2007: 147). Compartir la dicha de leer. La gozosa aireación de tu amor ante un auditorio que escucha tus palabras; que sepan los chavales que atesoras el poder de insuflar temor con un diálogo entre Iñigo y Angélica de Alquézar, cansancio cuando Diego Alatraste desenvaina la toledana, inteligencia en los sonetos de Francisco de Quevedo, que con tu ardiente declamación lean en los ojos de Copons la leal amistad hacia su capitán y el amor de María de Castro hacia su hombre mientras recuenta sus cicatrices. Te encontrarás en muchos casos con indolencia y desgana, pero que no se diga que al menos no lo has intentado leyendo. No se puede forzar a amar la lectura,

pero si se quedan en tu aula, si les das la oportunidad de llevártelos a tu terreno, sí que puedes al menos obligarles, respetuosamente, a prestarte atención para compartir con ellos tu pasión. Me temo que tú sí cargas, como docente, con este compromiso ético.

#### EL VALOR DIDÁCTICO DE ALATRISTE

Quienes se hayan adentrado por primera vez en cualquiera de los episodios 'alatrístescos' buscando conocimientos sobre su época, ya sean nociones históricas, ideas militares, instrucciones armamentísticas o teorías políticas y sociológicas, considerarán entonces a Arturo Pérez-Reverte un maestro, un profesor, un erudito en la materia, un transmisor de datos y no un artista, un creador, un novelista. (Y que no se me malinterprete. Un docente no deja de ser jamás un creador pues a él le corresponde convertir áridos datos en ocurrencias fascinantes a base de ingenio, innovación, ilusión, seducción. Sí que crean, pero en las aulas.) Aunque sus elogiadas virtudes didácticas y pedagógicas son indudables, las novelas 'alatrístescas' deben ser ante todo y por encima de todo valoradas por sus cualidades artísticas y por sus rasgos literarios y creativos. Así he abordado yo todos los Alatrístescos y no me cabe duda de que es así como deberían juzgarse: estimando su aportación al mundo del arte, al concierto novelístico actual y, por último, a la historia de la literatura. No les he dado ningún empleo ni los he aplicado a nada, si no que, como toda obra de arte, me he limitado a acogerlos, percibirlos y asimilarlos. No busco con sus pasajes modificar mi manera de ver el mundo, ni deseo cambiar mis ideas – aunque no seré yo quien niegue que a veces lo consiguen–, sino más bien compartir emocionalmente y con espíritu crítico su visión, discernir sus ideas y con todo ello, y si es posible, permitir que me pongan en éxtasis. Como bien apuntó C. S. Lewis: “participar plenamente en las opiniones –y, por tanto, también en las actitudes, en los sentimientos y en la experiencia total– de otras personas (Lewis 2000: 87).

Para apuntalar mi discurso he elegido de mi biblioteca un tomo 'alatrístico' a voleo, con los ojos cerrados: salió, de nuevo, *El oro del rey*. Busqué por lo tanto una de sus adecuadas y bien ilustradas descripciones de las calles sevillanas y algo de historia de lo que en sus edificios ocurrió, y muy cerca, prácticamente un par de párrafos después, me topé con el siguiente diálogo:

-Asistí a tu incidente con ése. Yo estaba detrás, entre la gente -me estudiaba reflexivo, como si calculara los cambios que se habían operado en mí desde la última vez-... Veo que sigues siendo puntilloso en asuntos de honra.

-He estado en Flandes -no pude menos que decir-. Con el capitán.

Movió la cabeza. Ahora había unas pocas canas, observé, en su bigote y en las patillas que asomaban bajo las alas negras del sombrero. También arrugas nuevas, o cicatrices, en su cara. Los años pasan para todos, pensé. Incluso para los espadachines malvados.

-Sé dónde estuviste -dijo-. Pero Flandes mediante o no, sería bueno que recordaras algo: la honra siempre resulta complicada de adquirir, difícil de conservar y peligrosa de llevar... Pregúntaselo, si no, a tu amigo Alatríste.

Lo encaré con cuanta dureza pude mostrar.

-Vaya y pregúnteselo vuestra merced, si tiene hígados.

A Malatesta le resbaló el sarcasmo sobre la expresión imperturbable.

-Yo conozco ya la respuesta -dijo, ecuaníme-. Son otros negocios menos retóricos los que tengo pendientes con él. (Pérez-Reverte 2000: 48-49)

Ante semejante diálogo, henchido de valentía, de rabia, de ira contenida, de sentimiento de venganza y de vigor narrativo, cualquier intento didáctico aislado con fines meramente educativos me temo que quedará eclipsado de inmediato. Por el contrario, si es integrado como una parte activa del relato, el chaval lo asimila a la acción novelística con naturalidad: queda grabado en su mente sin necesidad de extrapolarlo como un hecho histórico digno de estudiar en una asignatura. Esta es la verdadera pedagogía literaria, el valor didáctico que el profesor Belmonte Serrano ha venido divulgando en muchos artículos sobre los Alatríste: la que penetra en el espíritu del muchacho por la

catalizadora inercia de una narración bien contada. De esta manera, aceptando, pues, que la saga contiene ejemplaridad y pretensión didáctica -no seré tan cínico de negarlo-, también estoy rotundamente convencido de que su intención es, como hubiera expresado Thornton Wilder, la de “poner en marcha el motor. O digamos: muchas de las cosas que comemos han sido cocinadas en una estufa de gas, pero los alimentos no saben a gas”.

#### ALATRISTE EN LA UNIVERSIDAD

Lo que ocurre es que, de alguna manera, se han confundido términos, objetivos, gabelas y destinatarios. Los chicos que asisten a los institutos deberían leer los Alatraste, por supuesto, pero no por imposición académica. De hecho, creo que he dejado bien claro que si por mí fuera, el único lugar de un centro de educación secundaria donde *El capitán Alatraste* ha de ser obligatorio es en su biblioteca. Por eso, me gustaría ahondar en un tema que considero más que peligroso, y no me importa repetirme porque no está el horno como para encima quemar los pocos bollos que nos restan. Me explico: he manifestado que la obligatoriedad de los Alatraste fuera de las aulas ocasiona que dejen de ser lecturas, uno de los placeres más privados, elegidos e íntimos que existen -por eso nos molesta tanto percibir que alguien se está asomando a nuestra lectura mientras, absortos, devoramos aparte nuestra voluptuosa gollería de frases y letras-, para derivar, argumentaba en otro momento de mi ponencia, en una doctrina teórica de moral, en un tratado social y político o en una mera introducción a la historia de España en el siglo XVII, asuntos más bien intrínsecos de la propia novela, cuyo estudio riguroso no es desafío adecuado para muchachos en el vértice de su adolescencia, y sí más bien tareas lógicas para otros estratos de la educación: la universitaria por supuesto; la filológica, por ser más concretos. Porque si en algún lugar del estrato pedagógico y formativo deben ser lectura obligatoria los seis volúmenes de las aventuras del capitán Alatraste, esa es la universidad. Tampoco se lee, dicho sea de paso, en la

facultad –aquí no me ha hecho falta documentarme; lo he comprobado *in situ*–, pero su imposición en este caso resulta hasta preceptivo. Lo que ocurre es que, lamentablemente, los Alatraste no frecuentan las cátedras universitarias españolas con la asiduidad que convendría. Sé que en algunas facultades de Educación, en sus departamentos de Didáctica de la Lengua y la Literatura –el profesor Jaime García Padrino en la Universidad Complutense de Madrid, y el profesor Belmonte Serrano en la Universidad de Murcia, sobre todo–, los Alatraste aparecen a lo largo del año, pero en la mayoría de los departamentos de Filología Española ni siquiera se lo plantean. He indagado someramente –sin ánimo inquisidor ni mucho menos– en los departamentos de Filología Española de tres de las más prestigiosas universidades de nuestro país y ni se sugiere en sus programas, ni ha sido jamás objeto de análisis en sus respectivas publicaciones –labor esta que da poca pasta, lo comprendo–. Tras mi infructuosa búsqueda, siento constatar que nunca pensé que los estudios literarios españoles en la actualidad podían estar tan apartados de la propia literatura. He comprobado sin embargo, con alegría y cierta envidia, que los Alatraste visitan mucho más a menudo algunas universidades europeas, como la Universidad de Berna (Suiza), el University College Cork (Irlanda) o la Universidad de Edimburgo (Escocia).

Un buen filólogo, un historiador de la literatura, al fin y al cabo, debería analizar los Alatraste en relación a las novelas del siglo XVII, descubrir sus enfoques correctos, e incorrectos –si los hubiera–, señalar la ocurrencia pedagógica de contextualizar la poesía de autores áureos; mostrar qué aspectos y pistas se deben buscar de manera pormenorizada, tanto en obras del Siglo de Oro como en la serie de Pérez-Reverte, si se desea constatar la decadencia española en aquellos años, o su ubicación artística o su situación geográfica, o su escenario político o su estado social; observar en relación a esto último las necesidades que cubría aquella literatura en el corazón y en la mente de sus lectores en comparación con las que cubren los Alatraste en los lectores de hoy día, es decir, considerar literariamente su inestimable función de memoria histórica; examinar su estructura gramatical y su vivaz léxico costumbrista y

ligeramente arcaizante –si acaso, con el transcurrir de los episodios, se han ido acentuando los arcaísmos–, evaluando concienzudamente una labor, poco menos que trepidante en el presente, de perduración de un lenguaje tristemente en extinción. “Los hombres no continúan pensando por mucho tiempo en aquello que ya no saben cómo decir”, nos advertía C.S. Lewis. Así es, la labor de los filólogos es descubrir a sus estudiantes no sólo la existencia de las obras, sino ubicarlas en sus respectivos contextos.

#### A MODO DE EPÍLOGO

El placer de la lectura de una novela no debería responder a ninguna necesidad moral o debate social. Hay otras literaturas más adecuadas, aparte de los estudios universitarios, para enjuiciar aspectos ajenos a la imaginación: textos filosóficos, psicoanalíticos, históricos, políticos, sociológicos, etc., aunque también es cierto que muchos de estos tratados se han publicado enmascarados como maravillosos libros de ficción. No me interesa el estado de ánimo del escritor y menos aún la catadura moral de sus personajes; leo para ver que es lo que esos personajes ven y quiero sentir lo que sienten. Me es indiferente que estemos hablando incluso de un cochino malaje. De veras, si el capitán Alatraste fuera un cabronazo me daría igual: lo odiaría con pasión como odio a Richelieu, Villefort o Malatesta, personalidades éstas que también logran sacarme de mí mismo sin dejar de ser yo mismo. “Los libros más influyentes, y aquellos cuya influencia es más genuina –afirmaba Stevenson–, son obras de ficción. No atan al lector a un dogma que posteriormente descubrirá inexacto, no le enseñan una lección que luego deberá olvidar. Repiten, reordenan, clarifican las lecciones de la vida; nos alejan de nosotros mismos, nos obligan a entrar en relación con otros y nos muestran el tejido de la experiencia, no tal y como nosotros lo vemos, sino con un cambio singular; con ese monstruoso y devorador ego nuestro anulado por una vez. Para que así ocurra, deben ser razonablemente

fieles a la comedia humana; y cualquier obra que lo es cumple su cometido en cuando a instrucción” (Stevenson 2006: 53).

Efectivamente, la instrucción emana a borbotones de una historia inventada por un ser humano. Una historia que pierde su esencia si la sacamos de contexto –se transformaría en una desnuda introducción a lo que sea– y si la catalogamos como lectura obligatoria en educación secundaria. Si al menos fuera obligatoria en horas de clase, la palabreja alcanzaría un sentido de provecho, pero mucho me temo que esto no ocurre. Desafortunadamente sucede también que, aunque un profesor lo desee, el asfixiante programa que marca la inexorable pauta académica tampoco se lo permite.

De todas las maneras, tengo la sensación de que estos retazos de nuestra historia que, en sintonía con un contexto actual latente, desafortunadamente similar, han sido moldeados por el talento de Arturo Pérez-Reverte al servicio exclusivo de una fantasía de creación, descolocan a muchos. No terminan de asumir que su precisa combinación de minuciosidad en el detalle y fantasía desaforada, de escurpulosidad histórica y especulación infinita ha engendrado, les guste o no, una retórica propia y un insólito género literario, por lo que tratan, en un gesto insondable y baldío, de negarle su valor artístico y su legítimo rango de novela, y de restringirlas al ámbito del manual, de libro de apoyo para textos más complejos o aburridos. Claro que, para llevarles la contraria, estáis vosotros, los lectores, quienes, ajenos de todas estas polémicas cuestiones extrañas a la literatura y, afortunadamente, al propio Pérez-Reverte, en las que se discute sobre responsabilidades, referentes, compromisos morales, lecturas obligatorias, reivindicaciones filológicas, propósitos, al cabo, que estimulan poco a los diletantes del negro sobre blanco, siempre tendréis, tendremos, para contrariarles la posibilidad de leer las empresas del capitán Diego Alatriste sencillamente como proceso cultural y vital, porque, colocándonos en su lugar, hubiéramos dado la vida por él o por formar parte de su círculo de amistades. Y sabemos que sus aventuras se apagarán, porque todos tenemos un Rocroi, pero cuando cesen, todavía nos quedarán las cálidas relecturas, para hallar en ellas un diálogo que nos vuelva a estremecer la piel, o



un gesto amable de Copons hacia Íñigo, que será áspero pero cariñoso, o la sutil descripción de un encuentro amoroso que, aquí, es tanto como decir peligroso, o un soneto ocurrente de Quevedo, o una frase valiente y sentenciosa de Diego, o las espontáneas presentaciones de Calderón, Lope o Velázquez, o la inteligente maldad de secretarios reales y otros santos varones, o un secreto susurrado de Olivares, o los tirabuzones rubios, y perversos, de Angélica, o el escalofriante 'tiruri-ta-tá' de Gualterio. Y todas estas cosas, capaces de caldear el corazón más flemático: los matices, las emociones, las palabras, las contradicciones, los detalles, las bravuconadas, cada uno de los episodios que las encierran, cada uno de estos aspectos que asumimos como meros accesorios novelescos han sido escritos, de hecho, por una noble causa: han sido escritos para colmar de magia nuestras vidas. Soy consciente, por supuesto, que sin las aventuras del capitán Alatraste podríamos existir, pero también sé que, ahora que las hemos vivido, nuestra existencia sin ellas sería más tristonca, más sombría, menos emotiva, más funcional; vivir sin la oportunidad de convertirnos en cualquiera de sus personajes sin socavar nuestra auténtica personalidad, se reduciría casi a un ahogo fisiológico. Sé que todo esto suena un poco extravagante, digno de un proceso de locura transitoria o de desequilibrio permanente, pero también estoy convencido, y voto a dios y a quien haga falta, de que es verdad.

## BIBLIOGRAFÍA

- Lewis, C. S. (2000): *La experiencia de leer*. Barcelona: Alba Editorial.
- Marina, José Antonio / de la Válgoma, María (2007): *La magia de leer*. Barcelona: DeBolsillo.
- Pérez-Reverte, Arturo y Carlota (1996): *El capitán Alatriste*. Madrid: Alfaguara.
- Pérez-Reverte, Arturo (1997): *Limpieza de sangre*. Madrid: Alfaguara.
- (1998): *El sol de Breda*. Madrid: Alfaguara.
  - (2000): *El oro del rey*. Madrid: Alfaguara.
  - (2003): *El caballero del jubón amarillo*. Madrid: Alfaguara.
  - (2004): "El compromiso de narrar". En: *El país, Suplemento Domingo*, 26 de setiembre, pp. 16-17.
  - (2006): *Corsarios de Levante*. Madrid: Alfaguara.
- Stevenson, Robert Louis (2006): *El arte de escribir* ("Libros que me han influido"). Santa Cruz de Tenerife: Artemisa Ediciones.